

Suiza, los diarios afectos ó vendidos al Piamonte reprodujeron los violentos artículos que el ardor de las represalias había inspirado á la prensa austriaca, los divulgaron por todas partes y preguntaron irónicamente dónde estaban la moderación, la sangre fría, la equidad. Aún antes de que el emperador Francisco José volviera á sus Estados hereditarios, el movimiento nacional, por un instante contenido, se había reanimado. Fuesen cuales fueren la rectitud y la bondad del archiduque Maximiliano, podía preverse, sin incurrir en temeridad, que sus mejores intenciones quedarían paralizadas, ya por la inercia de sus subordinados, ya por las artificiosas calumnias de sus enemigos; en lo sucesivo la opinión pública estaba tan hábilmente dispuesta que la tolerancia había de ser para el Austria casi tan impopular como la misma opresión, y que el gobierno imperial había de ser tan impotente para imponer su dominación como para hacerla simpática.

Vencido el peligro de una reconciliación con su rival é irrevocablemente separado de ésta, Cavour, atento siempre á su obra, se dedicó á disciplinar para la próxima lucha no sólo al Piamonte, sino además á toda la Italia y hasta á la misma revolución, á cual objeto tramó una vasta y misteriosa intriga, obra de conspirador más aún que de hombre de Estado.

El principal instrumento de ese plan fué un siciliano llamado José La Farina, que metido en edad temprana en la política militante, hubo de buscar desde su juventud refugio en el extranjero. La revolución de 1848 lo había restituido á su patria, pero una nueva reacción le había arrojado otra vez de su hogar, habiendo residido entonces varios años en París y luego en Tours, en donde vivió trabajosamente de sus escritos y de sus lecciones, mal preservado contra la pobreza y hasta contra la miseria, entristecido por el clima, agriado por el destierro, empujado hacia las doctrinas ardientes y, sin embargo, menos propenso á la ilusión de lo que suelen serlo los desterrados. En agosto de 1854 había obtenido autorización para establecerse en Turín, en donde, aunque desterrado, hallábase más cerca de su patria. Cuando llegó allí, todavía sentía la influencia del prestigio de Mazzini, su maestro, pero sin que su celo llegase hasta la alucinación. Después del congreso de París, adivinó con clara percepción poco común el papel futuro de la Cerdeña, y esto le sugirió la idea de abandonar no las doctrinas mazzinianas, pero sí á Mazzini, de encadenar la revolución á la personalidad de Cavour y de hacer que éste la remolcara. Precisamente entonces acariciaba Cavour el propósito de unirse á la revolución, no ciertamente para servirla, sino para utilizarla y absorberla poco á poco. El 12 de septiembre de 1856 el estadista y el emigrado tuvieron una primera conferencia (1) con el pretexto de tratar de los manejos muratistas que en aquella sazón tenían agitado el reino de Nápoles; La Farina expuso sus puntos de vista que se resumían en la concepción de una Italia una, independiente, bajo la monarquía revolucionaria de Víctor Manuel. Cavour se guardó bien de dejar que tan precioso auxiliar se le escapara: «Soy, le dijo, ministro del rey de Cerdeña y no puedo comprometer prematuramente

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 460. — *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 22.

á la dinastía; id á mi casa cuando queráis, pero antes de que amanezca, sin que nadie os vea, sin que nadie se entere de vuestras visitas. Y, añadió riendo, si me interrogan en el Parlamento, os negaré, como hizo San Pedro, y diré «No le conozco (2).»

En estas entrevistas nació la idea de quitar á Mazzini su partido, de reunir en una asociación vasta á los hombres de acción más razonables, de organizar, en una palabra, un ejército revolucionario, pero que hiciera la revolución para el rey. Ni siquiera en esos tenebrosos manejos, tan poco dignos de su posición oficial, se apartaba Cavour del plan primitivo que se había trazado: en 1852, á su advenimiento al poder, había realizado la alianza ó, para emplear la palabra consagrada, el *connubio* del centro derecha y el centro izquierda; en 1857, por virtud del natural desenvolvimiento de sus empresas, se aventuraba á avanzar un paso más é intentaba un nuevo *connubio*, el del centro izquierda con los mazzinianos más manejables y menos fanáticos. ¿Cómo podría mantener sin fluctuaciones esa coalición tan vasta que comenzando en los límites del centro derecha se perdía en las sombrías lindes en donde Mazzini había hasta entonces reclutado por lo general sus adeptos? ¿Cómo podría fundir en un mismo propósito tantas y tan diversas ó contrarias voluntades? ¿Cómo manejaría los hilos de esa complicada intriga sin que se mezclasen ó rompiesen? En todo esto Cavour se abandonaba á su genio, á su astucia, á su buena suerte.

La Farina era activo y perseverante, es decir, poseía las dos principales cualidades del conspirador; pero, por otra parte, su nombre era demasiado oscuro para que pudiera ser el patrono autorizado de una obra tan grande. En su consecuencia, pensóse en el heroico Manin, que desde la defensa de Venecia vivía retirado en París, en una modesta y activa pobreza; mas, según parece, la proposición no fué por él acogida con mucho entusiasmo. Muerto, poco después (3), el nombre de Manin fué inscrito entre los de los precursores de la empresa. El presidente elegido fué el marqués Jorge Pallavicino, personaje de ilustre cuna, víctima, además, del Austria que le había tenido largo tiempo encerrado en los calabozos del Spielberg, y, por este doble carácter, completamente decorativo. A Pallavicino se le puso posteriormente como adjunto á Garibaldi, quien entonces entabló sus primeras relaciones con Cavour. En cuanto á La Farina, nunca tuvo otro título que el de secretario general; pero él fué quien inspiró la empresa, quien la encarnó por entero en su persona, quien consagró á ella su tiempo, sus energías, su ardor, su alma toda, quien constituyó el lazo de unión entre Cavour y el partido radical, en una palabra, quien disciplinó la revolución para los peligros de una batalla cuyo provecho sería para Víctor Manuel.

Hacia el mes de abril de 1857 formóse definitivamente la sociedad que se denominó *Sociedad nacional italiana* y que era una asociación clandestina y pública á la vez: en los Estados sardos funcionaba bajo la protección de las leyes, gozaba de una existencia regular, tenía su órgano, *El Pequeño Correo*, y contaba con la benevolencia del gobierno, si bien no estaba abierta-

(2) Véase Bersezio, *Il regno di Vittorio Emanuele II*, tomo VI, pág. 448.

(3) En 22 de septiembre de 1857.

mente amparada por éste; pero al otro lado de las fronteras se convertía en *sociedad secreta*. Andando el tiempo, se perfeccionó su organización; creóse un comité central y luego varios comités locales, y sus adeptos pertenecían á todas las clases sociales, propietarios, estudiantes, abogados, médicos, artesanos, no siendo tampoco excluidas de ella las mujeres. Ciertos personajes que ocupaban elevadas posiciones, no formaban oficialmente parte de la sociedad, sea por consideración á su rango, sea por miedo de comprometerse; pero la protegían y conocían sus secretos (1). Las afiliaciones fueron numerosas en el reino lombardo-véneto y se extendieron posteriormente hasta el Friül y el Trentino; en cambio Nápoles y Sicilia se mantuvieron, por lo menos en un principio, rebeldes á toda propaganda, viendo La Farina con pena esta indiferencia de su patria (2).

Los debates de los afiliados eran muy diversos, pues cada uno servía á la causa común según sus especiales aptitudes: los más sabios removían el polvo de los archivos á fin de enlazar con alguna tradición antigua ó con algún nombre popular la idea de la independencia y aun de la unidad italiana, comunicando luego á los diarios, algo amplificado, el fruto de sus investigaciones; los más literatos preparaban artículos de revista, meditaban folletos, y sobre todo enviaban correspondencias al extranjero; los más activos recogían donativos que habían de formar el tesoro común para el momento de la acción; y los más ardientes se distribuían por los sitios públicos y burlando todas las vigilancias, sembraban en ellos toda clase de rumores, ciertos ó falsos, propios para desacreditar á los príncipes y á los gobiernos. No se pensaba aún en comprar ó juntar armas, pero no se tardaría en hacerlo. Además se establecían inteligencias hasta en los países extranjeros: «Podéis ayudar mucho á nuestra sociedad, especialmente en Inglaterra, escribía La Farina á uno de sus amigos de Londres, obteniendo de los periódicos que hablen de nosotros favorablemente y enviándonos sus artículos á fin de que podamos reproducirlos en las gacetas de aquí y en *El Pequeño Correo* (3).» En el entretanto, en Turín, el emigrado siciliano iba todas las madrugadas secretamente á recibir las instrucciones de Cavour, quien, según las circunstancias, activaba el movimiento, ó lo moderaba ó volvía á precipitarlo; y raras veces dejaba el primer ministro, al salir de estos conciliábulos, de dar alguna audiencia oficial en la que hacía protestas de la lealtad de su actitud, desautorizaba todo contacto revolucionario y se lamentaba amargamente de las intrigas de los clericales y de la doblez del papa. De este modo funcionaba en la capital de los Estados sardos, violando de la manera más inaudita el derecho internacional, una sociedad pública que extendía por toda Italia sus ramificaciones secretas y conspiraba contra los poderes constituidos. El complot, que todavía está en sus comienzos, irá adquiriendo proporciones cada vez mayores, urdido por los agentes del Piamonte, protegido por los mismos diplomáticos sardos amparados en su inviolabilidad, é inatacable no tanto por la inercia de los gobiernos cuanto por la complicidad de los funcionarios ó de la policía; la corrupción, la intriga, la traición, ha-

(1) Véase Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, pág. 136.

(2) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 40.

(3) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 41.

rán poco á poco el vacío en torno de los príncipes, de suerte que cuando estallará la Revolución, no hará más que levantar acta, por decirlo así, de la decadencia de los mismos ya á medias consumada.

## X

A pesar de estos concursos solicitados en todas partes y á cualquier precio, la obra de Cavour parecía sometida todavía á muchas vicisitudes adversas, y resulta labor fatigosa la de ir señalando las etapas de su paciente y trabajosa fortuna, pues avanza á pasos desiguales y por vías tortuosas, retrocede á menudo, ya para sortear los obstáculos, ya para disimular su marcha, y sólo á costa de increíbles esfuerzos recobra el terreno perdido. En el mismo momento en que desafiaba al Austria y envolvía á Italia en sus intrigas, había de temer y combatir un triple peligro, á saber: las indecisiones de la Francia, las cóleras de Mazzini y las resistencias de su propia patria.

Respecto de Francia, dedicábase Cavour á penetrar en los oscuros pensamientos de su poderoso protector, quien parecía poner una especie de coquetería en revolver las huellas de sus designios. A raíz del congreso de París, los más perspicaces servidores del régimen imperial no habían tenido reparo alguno en burlarse de las desmedidas pretensiones de Cerdeña: «Las ambiciones del Piamonte, decía uno, recuerdan la fábula de *la Rana y el buey*.» «En verdad, añadían otros en estilo familiar, el Sr. de Cavour es un estorbo demasiado grande (4).» Y estas frases circulaban con toda libertad y los cortesanos las repetían como si fueran el eco de las ideas de su señor. Por aquel mismo entonces llegó á París una memoria del embajador francés en Roma, el señor de Rayneval, memoria muy favorable á Pio IX y muy desfavorable, en cambio, á los italianos, á quienes juzgaba ineptos para la vida política. De todos estos indicios habría podido deducirse que el crédito del Piamonte perdía terreno en las Tullerías; sin embargo, cuando algunos meses después fué á París el marqués de Peppi, nieto de Murat, el emperador escuchó benévola-mente sus proyectos de renovación para la Italia y no contradujo ninguna de las acusaciones contra el gobierno pontificio (5). Otro síntoma digno de notarse era el lenguaje de los periódicos democráticos que predicaban el engrandecimiento del reino sardo sin que por ello se les amonestara ó apercibiera en modo alguno: *Que el Piamonte llegue á ser una potencia fuertemente organizada para contener la ambición de Alemania*, decía el *Siècle* (6) con una ofuscación que hoy nos confunde, pero que entonces sorprendía muy poco. ¿Quiere esto decir que Cavour había de considerar seguro el éxito de su empresa y abandonarse á esta confianza? De ningún modo. En efecto, el 19 de marzo de 1857, el *Daily News* publicó inesperadamente la memoria del Sr. de Rayneval, que hasta entonces había permanecido secreta. ¿Cuál era el objeto de la publicación de ese documento, autorizada, deseada sin duda por el empera-

(4) Chiala, *Lettere edite et inedite di Camillo Cavour*, tomo II, pág. 135, notas.

(5) Véase Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, págs. 154-155.

(6) *Le Siècle*, 14 de enero de 1857, artículo del Sr. de Labodliere.

dor y tan á propósito para regocijar á los enemigos de Cavour? El deseo de paz, tan intenso entonces en Francia, la actividad de los negocios favorecida por la calma general, la influencia de los católicos que, á pesar de algunas nubes, seguía siendo muy grande, todo conspiraba, al parecer, contra las aspiraciones de los piemonteses. ¿A quién creer, sin embargo? ¿A qué juego de equilibrio se entregaba el emperador? En 17 de agosto de 1857, el Sr. de Villamarina enviaba á su jefe buenas y confortantes noticias: Napoleón III animaba al gobierno de Víctor Manuel, manifestábase dispuesto á sostenerlo por todos los medios posibles y hacía votos por la permanencia de Cavour en el poder (1); además, el emperador empleaba, hablando del Austria, un lenguaje malévolo, duro y casi hostil, y sobre todo expresaba el convencimiento de que no habría paz duradera mientras no fuesen revisados los tratados de 1815 (2); y por último, parecía como si la prensa oficiosa quisiera preparar de antemano al público para alguna evolución lejana todavía, pero ya meditada. *La Patrie*, hablando de la próxima entrevista de Stuttgart, decía: «No se planteará tal vez en Stuttgart la cuestión italiana, que deseamos ver planteada lo más tarde posible; pero es indudable que algún día habrá de ser tratada, y mejor sería que lo fuese por la diplomacia que por la revolución.» En presencia de esos indicios contradictorios, Cavour se esforzaba en pesar las pruebas de buena voluntad y los testimonios de frialdad, y no sabía verdaderamente á qué lado se inclinaría la balanza; por esto recomendaba con inquieta solicitud al Sr. de Villamarina que no omitiera ninguna influencia, que no se fiara del señor Walewski y que utilizara sin descanso cerca del emperador á todos los amigos de Italia, desde los más ilustres como el príncipe Napoleón, hasta los más modestos como el Dr. Conneau. En Turín colmaba de atenciones al duque de Grammont, ministro de Francia, y empleaba toda su habilidad en evitar en sus relaciones con él todo motivo de discordia ó de mala inteligencia (3), y sobre todo se dedicaba con celo extremado á hacer vigilar á los refugiados franceses y á impedir que los periódicos los elogiaran, no reparando en descender, en este punto, á los detalles más minuciosos. Habiendo fallecido Eugenio Sue en su quinta del lago de Annecy, apresúrase á recomendar que su entierro no dé lugar á ninguna manifestación (4); y algún tiempo después, debiendo entrar el duque de Chartres en el ejército piemontés con carácter auxiliar, se asegura anticipadamente del consentimiento del emperador (5). Todas estas condescendencias, todos estos halagos se justificaban perfectamente. ¿Qué podían hacer las otras potencias? Rusia estaba muy lejos, y aunque se procuraba complacerla dispensando á la emperatriz madre y á los grandes duques que iban en busca de sol á las hermosas playas de Niza, una hospitalidad cortés, sol-

(1) Véase *Lettere édite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, pág. 69.

(2) *Journal du prince Albert*, 6 y 11 de agosto de 1857 (*The life of the Prince Consort*, por Teodoro Martín, tomo IV, páginas 99-113).

(3) Véase *Lettere édite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, pág. 100.

(4) *Lettere édite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, páginas 484 y 492.

(5) *Idem*, tomo II, pág. 605.

cita, fastuosa y hasta acompañada de atenciones delicadas que encantaban á los que de ellas eran objeto, harto se sabía que no era en San Petersburgo en donde había de resolverse el próximo conflicto. Prusia estaba aislada, era entonces poco influyente, sabía muy poco de las cuestiones italianas y sólo á medias comprendía las analogías que no aparecieron hasta más adelante. En cuanto á Inglaterra, Cavour, que tan deferente con ella se mostraba en sus despachos oficiales, no le perdonaba el enfriamiento de su amistad, se burlaba implacablemente de lord Clarendon, aquel amigo tan entusiasta de otro tiempo, y en sus cartas íntimas trataba á lord Palmerston lo mismo que á lord Aberdeen (6). Quedaba Francia, la poderosa Francia á la que era preciso volver siempre, la Francia de quien todo dependía, tanto para el bien como para el mal. ¿Cedería esta potencia á sus instancias? Cavour así lo esperaba y aun contaba con ello; pero á la idea de una posible defección se corazón se turbaba, porque sin ella y sin su valiente espada no podría él realizar nada duradero, nada decisivo, nada, sobre todo, que estuviera al nivel de sus ambiciones.

A esta incertidumbre respecto de la ayuda francesa uníase en el interior el estorbo del partido mazziniano. Desde hacía muchos años, Mazzini se consideraba como el dictador de la revolución y desde el fondo de su apacible destierro ensalzaba, en un lenguaje impregnado de ardor místico, la fecunda eficacia del martirio; de cuando en cuando algunos discípulos fanáticos ó perturbados se dejaban seducir por sus excitaciones, y entonces él les proporcionaba armas y algún dinero, y les infundía grandes ánimos, es decir, se lo facilitaba todo menos su propia persona. Cuando esto sucedía, oíase hablar, ora de algún golpe de mano intentado contra una gran ciudad, ora del desembarco de una partida en las playas de las Maremmas ó en las riberas de la Calabria; pero el resultado de aquellas intentonas era siempre el mismo, y el siguiente correo anunciaba á Europa, por un momento distraída, que los miserables conjurados habían pagado con la vida su loca aventura. Mazzini lloraba á los muertos, exaltaba su valor y, apropiándose el generoso sacrificio ajeno, casi creía en su propio martirio. ¡Cuál no sería su despecho al ver que una sociedad medio secreta medio pública trabajaba para arrebatarse su partido y disciplinar la revolución, no para su provecho personal, no para una república ideal y mística, sino en beneficio del rey de Cerdeña! Imagínese á un pontífice que viera como sus adeptos llenan la iglesia vecina dejándole sólo con algunos que hicieran evaporar incienso en el santuario abandonado. Aguijoneado por este gran peligro, Mazzini redobló sus intrigas, reunió todos sus esfuerzos, puso á contribución su propia persona y en junio de 1857 se fué á Génova. La población genovesa estaba doblemente irritada por el establecimiento de nuevos impuestos y por la próxima traslación del arsenal militar á Spezia; y Mazzini, aprovechándose de aquel descontento, hizo de aquella ciudad su cuartel general, de donde habían de partir dos expediciones que desembarcarían en Toscana y en el reino de Nápoles y propagarían allí la insurrección.

(6) *Lettere édite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 511.

En la misma Génova organizóse un complot, según el cual varias partidas, compuestas unas de obreros del puerto ó de marineros y las otras de gentes de la clase media y emigrados, habían de apoderarse, á favor de la noche, de los fuertes, de los arsenales y del palacio ducal. El plan era demasiado vasto y los preparativos demasiado complicados para que el secreto no trasluciera; en efecto, el gobierno recibió varios avisos, especialmente de la policía francesa que, según parece, fué la

tado, sorprendió é impresionó á Cavour, quien vió en ella la vitalidad del partido mazziniano, que, ni siquiera debilitado, se entregaría y sólo á la larga podría ser reducido bajo el peso de la fuerza ó de brillantes éxitos, y temió, con razón, que en París se explotara el incidente cerca del emperador y que el Piemonte fuera considerado nuevamente como un Estado poco sólido, mal asegurado contra la revolución é incapaz de dominarla. En medio de su trastorno, achacó algo de culpa de lo



Mazzini

que descubrió los hilos de la trama, y aunque al principio las autoridades sardas se mostraron incrédulas y desplegaron poca vigilancia, cuando se anunció que el golpe de mano se daría en la noche del 29 al 30 de junio, adoptaron algunas medidas de prudencia, tales como la ocupación del palacio ducal y un alarde inusitado de fuerza pública. Los mazzinianos, al verse descubiertos, desistieron de sus propósitos, pero era demasiado tarde para que la contraorden pudiera llegar á todos; así es que una partida de conjurados, fiel á las primitivas instrucciones, se dirigió á un cuerpo de guardia avanzado que se denominaba el fuerte Diamante, lo ocupó y no fué arrojado de él hasta que despuntó el día.

La prensa exageró el suceso y denunció con gran estrépito lo que se llamó la *insurrección de Génova*; y aunque en realidad la tranquilidad pública apenas había sido turbada y la causa del orden había triunfado casi sin combate, aquella intentona, aun habiendo abor-

ocurrido á todo el mundo, especialmente á su colega del Interior, el Sr. Rattazzi, á quien muchos sentíanse inclinados á acusar de debilidad, de indiferencia ó de inercia, acusación muy discutible, ya que ese ministro, encargado de justificar á los ojos del país la política general del gabinete, apenas podía con una tarea cada vez más llena de dificultades.

Los pequeños que quieren hacerse grandes han de pagar caro su antojo; bien lo sabían entonces por triste experiencia los súbditos de Víctor Manuel, piemonteses, saboyanos y ligurios, que sucumbían bajo el peso de las cargas creadas, unas para reparar sus reveses, otras para fundar su grandeza. Habíanse establecido impuestos nuevos de todas clases, y en cuanto á los antiguos, habían sido modificados, lo que, en estilo financiero, quiere decir aumentados; y la deuda había crecido en la misma proporción del impuesto, habiéndose emitido desde 1848 siete empréstitos onerosos que subvenían á las necesidades presentes, pero gravaban en

una cifra considerable los presupuestos futuros (1). La disminución de las rentas, consecuencia de muchas malas cosechas, hacía más sensibles las exigencias del fisco, y el exceso de los gastos desagradaba tanto más cuanto que el dinero público parecía aplicado no á las necesidades propias del país, sino á planes no comprendidos é ignorados. Y las preocupaciones financieras agravaban las cargas militares que las hacían más sensibles. Pero el mayor de todos los cargos contra el gobierno se derivaba de la política religiosa: los católicos súbditos de Víctor Manuel, ortodoxos por tradición á ejemplo de sus padres, presenciaban afligidos las contiendas con Roma, que llegaban á preocuparles, y temían sobre todo que, en expiación de tan audaces novedades, enviara el cielo algún castigo; no obstante, establecían una distinción entre Víctor Manuel y su principal consejero, quien, según decían, abusaba del carácter débil de su soberano, le comunicaba noticias falsas ó alteradas y lo llevaba por caminos tan peligrosos para su conciencia como para el interés de su pueblo. El clero nada omitía para avivar estas impresiones y desplegaba una actividad tanto más vehemente cuanto que pronto iba á presentarse una ocasión (sin duda la última) para disputar y acaso reconquistar el terreno perdido.

En efecto, los poderes del parlamento terminaban en 1857, y ante la proximidad de una prueba que la gravedad de las circunstancias hacía particularmente decisiva, Cavour creyó oportuno moderar su política respecto de Roma y suavizar con algunas medidas de detalle sus precedentes rigores. Después, con motivo de la inauguración de las obras del túnel del monte Cenis, partió con el rey para visitar la Saboya, más rebelde que el resto del reino á la nueva política. En aquel territorio abnegado y leal Víctor Manuel fué recibido con aclamaciones que no eran sino el testimonio de una antigua fidelidad, pero en las que el primer ministro creyó ver una especie de adhesión á sus miras personales. Cavour, engañado por la acogida cortés de las poblaciones que se conceptuaban más hostiles, se tranquilizó, siendo esta una de las poquísimas ocasiones en que falló su previsión.

El clero, secretamente y con rara unanimidad, disciplinaba para la lucha electoral á los católicos, quienes, resueltos á aprovecharse por vez primera de la libertad común, mostráronse tan activos, tan audaces y hasta tan violentos como sus rivales. Estos, acostumbrados á adversarios que no se defendían ó se defendían en otro terreno, sintiéronse dominados por la sorpresa, la impotencia y la cólera. Un sentimiento sobre todo se imponía en las masas rurales, y era una antipatía manifiesta contra los emigrados italianos tan favorecidos por Cavour; una desconfianza absoluta hacia todo candidato exótico; una voluntad firme de substituir á la política italiana, llena de decepciones y de peligros, la política piemontesa, más limitada, más modesta, pero menos costosa y más segura. El primer ministro aparentaba mirar con calma y sangre fría ese desbordamiento extraordinario de rivalidades y de pasiones: «No me inquietan ni me preocupan,» decía; pero esta indiferencia era fingida, pues en realidad estaba consternado por el

(1) Véase sobre la situación financiera del Piamonte, *Atti del parlamento subalpino*, 1858, tomo VI, págs. 1690-1957, y especialmente los discursos del Sr. de Revel.

fracaso que preveía y al mismo tiempo irritado por haberse convencido tan tardíamente del peligro.

Habiéndose verificado las elecciones el 15 de noviembre, en los días siguientes pudieron calcularse los resultados; en Saboya, en Cerdeña y en Liguria, los católicos habían triunfado casi en todas partes; y en cambio había habido empate en las elecciones de los ministros Rattazzi y Lanza; el general La Marmora había sido derrotado en Pancalieri y si entraba en la Cámara era por los votos de los electores de Biella; y el mismo Cavour á duras penas había podido salir triunfante por el primer colegio de Turín. Ciertamente que el gabinete seguía teniendo mayoría, gracias á las antiguas ciudades piemontesas que, casi en su totalidad, se habían mantenido fieles á la política ministerial; pero los católicos disponían de más de sesenta votos, es decir, de la tercera parte de los puestos de la Cámara, y si no eran bastante fuertes para escalar el poder, parecían serlo lo suficiente para paralizar la acción de todo gobierno que se formara sin ellos y sobre todo contra ellos.

Cavour, que no había previsto la derrota, ingenióse inmediatamente para repararla; por otra parte, á los católicos les faltó todo para transformar su victoria real en un triunfo decisivo, y el rey, ligado en lo sucesivo á Cavour, en vez de apoyarlos, desautorizó toda connivencia con ellos. Varios de los elegidos que á título de canónigos pertenecían al clero fueron declarados incapacitados para ejercer su mandato en virtud de una interpretación legislativa más sutil que leal; y la misma oposición, intimidada por la presión oficial ó desesperando del resultado definitivo, flaqueó en las elecciones complementarias, que fueron para el gabinete un éxito y casi un desquite. El ministro del Interior, Sr. Rattazzi, culpable de no haber triunfado, fué sacrificado; pero luego, contra todo lo que se esperaba y después de tan viva alarma, el ministerio se reconstituyó.

A todo esto, sobrevino un acontecimiento que, según todas las apariencias, había de destruir la obra de Cavour y que, sin embargo, por una evolución imprevista de los sucesos la precipitó.

## XI

El día 15 de enero de 1858 tívose noticia del atentado Orsini, que causó en Turín una emoción, aunque de diferente carácter, tan grande y tan llena de ansiedad como en París. El asesino era italiano; á Italia había pedido sus cómplices y por la causa de Italia había armado su brazo; cinco días antes del atentado, Mazzini había publicado en Génova un manifiesto que respiraba odio y cólera y contenía siniestras predicciones; y en ningún país, excepción hecha de Bélgica y de Inglaterra, había tan gran número de refugiados como en el reino de Cerdeña. Es más, al día siguiente del crimen un diario piemontés se dedicó no á alabar el asesinato, pero sí á disculparlo.

En los días que sucedieron al complot, Cerdeña, lo propio que Inglaterra, vióse objeto de la reprobación general y todos sus amigos se juntaron para rogar, para conjurar al emperador á que abandonara para siempre á la nación ingrata que pagaba con el asesinato su constante benevolencia. Por grande que fuese la fama de hábil del ministro sardo, dábase como cosa hecha su

caída y nadie ponía en duda que su país, libre de su ardiente dirección, volvería al camino tradicional del que había intentado apartarse.

El ministro de Negocios extranjeros, Sr. Walewski, en un despacho dirigido en 22 de enero á nuestro representante en Turín, el Sr. de La Tour de Auvergne, recordó el principio de solidaridad de las coronas, quejóse de los excesos revolucionarios, denunció los actos de los emigrados, maltrató al diario de Mazzini, *La Italia y el Pueblo*, y sin formular ninguna petición concreta, invitó al gobierno á que atendiera, por su parte, á la seguridad común. Cavour se guardó de contestar oficialmente y creyó apaciguar la tormenta con algunas explicaciones amistosas: condenó con horror el atentado, encomió la vigilancia de su policía, prevaleció de los muchos decretos de expulsión ya firmados ó á punto de firmarse que habían de alejar del país á los refugiados más comprometedores, y por una evolución tan descarada que dejaba de ser hábil, se le ocurrió achacar á los príncipes italianos, y especialmente al papa, la responsabilidad de sus apuros. El Padre Santo, al decir de Cavour, alejaba de sus Estados á un gran número de súbditos suyos que se refugiaban naturalmente en el Piamonte como en territorio libre: ¿qué hacer en tal situación? Restituirlos á su patria de origen era cosa impracticable, y no menos difícil resultaba empujarlos hacia los territorios vecinos; de aquí los focos de agitación cuyo ardor se esforzaba en moderar la policía piemontesa, pero que no podía suprimir por completo. La explicación era, en verdad, muy deficiente, y el Sr. Walewski habría sido demasiado bonachón si la hubiese aceptado; por esto llamó al representante del Piamonte al ministerio de Negocios extranjeros y le echó en cara con cierta energía la inercia de la Cerdeña, que contrastaba con la diligencia de Bélgica y hasta con el lenguaje de Inglaterra. Muy poco después, el Sr. Walewski, en otro despacho al Sr. de La Tour de Auvergne, concretó sus reclamaciones y pidió que fuera suprimido el periódico *La Italia y el Pueblo*, que se privara á los refugiados del derecho de escribir en los diarios y, por último, que se modificara la ley penal en el sentido de facilitar la persecución de los delitos ó crímenes internacionales. En la imposibilidad de continuar en la posición ambigua en que se había colocado, Cavour invocó las leyes piemontesas que en materia de prensa no concedían al gobierno el derecho de supresión; disculpó á los emigrados que pecaban indudablemente por exceso de ardor, pero que en cambio eran, por regla general, los que en los diarios defendían con mayor celo la alianza con Francia; y en cuanto á la legislación penal, no se negó á reformarla. En efecto, algunos días después presentóse en el Parlamento un proyecto de ley que castigaba con penas especiales no sólo el asesinato político, previsto ya en los códigos anteriores, sino además la conspiración contra los soberanos extranjeros; el propio proyecto de ley tenía por objeto reprimir la apología de los crímenes políticos y creaba para ciertos casos un jurado especial. Por importantes que fuesen estas concesiones, era dudoso que lograsen reanimar la benevolencia de la corte de las Tullerías. Víctor Manuel había enviado á París al general Della Roca para felicitar al emperador por el fracaso del atentado; Napoleón recibió al mensajero con toda clase de con-

sideraciones personales, pero condenó con dureza la política imprudente y las culpables tolerancias del gabinete sardo. Por aquel mismo entonces se supo que el jurado acababa de absolver al periódico que había disculpado el atentado Orsini; y poco después tívose noticia de que la Cámara de diputados había acogido con desconfianza el proyecto de ley presentado por Cavour y de que la comisión parlamentaria propondría que fuese rechazado.

¿Quedaría rota para siempre la alianza tramada por Cavour? Los verdaderos amigos de una política exclusivamente francesa pudieron creerlo así ó cuando menos temerlo; pero lo imprevisto, sobreponiéndose á todo, hizo que sucediera lo contrario. La historia, en esta ocasión, toca los confines de la novela; si tratáramos de hacerla verosímil, dejaría en el mismo momento de ser verídica; por esto hemos de consignar los hechos, pero renunciando á enlazarlos entre sí.

El día 25 de febrero comenzaron en el tribunal de los Asises del Sena las sesiones del asunto Orsini, proceso memorable que ya hemos relatado. Julio Favre, que defendía al conspirador, al terminar su alegato sacó de su cartera una carta de su cliente: no era aquella una de las cartas triviales dirigidas á pariente, á un amigo ó á menudo fabricadas para ablandar la justicia ó provocar un indulto; nada de esto, pues con ella no se esperaba desarmar al jurado, ni en ella se solicitaba gracia alguna. La carta había sido escrita por el asesino é iba dirigida á la víctima por éste elegida. Orsini, al borde de la tumba, presentábase como consejero del emperador y ya que no había podido precipitarle en la muerte, trataba de dictarle su vida. Julio Favre, en medio de la curiosidad y de la estupefacción generales, leyó la carta con voz lenta y un tanto apagada que aumentaba y, por decirlo así, grababa la emoción. Orsini rechazaba altivamente toda clemencia y se negaba á «humillarse ante aquel que había matado la libertad naciente de su patria;» pero «hallándose cercano al final de su carrera, quería intentar un último esfuerzo para ayudar á Italia.» Fijándose en las próximas eventualidades, pedía al emperador «que no interviniera contra la independencia de su país y sobre todo que impidiera las intervenciones extranjeras;» «porque, añadía, de la conducta de Francia depende la vida ó la muerte de una nación á quien debe Europa en gran parte su independencia.» Terminaba Orsini su epístola en los siguientes términos: «Yo conjuro á Vuestra Majestad que devuelva á Italia la independencia que perdieron sus hijos en 1849 por culpa de los franceses. Acuérdesese Vuestra Majestad de que los italianos, mi padre entre ellos, derramaron gozosos su sangre por Napoleón el Grande, adonde quiera que á éste le plugo llevarles; acuérdesese de que le fueron fieles hasta su caída; acuérdesese de que mientras Italia no sea independiente, la tranquilidad de Europa y la de Vuestra Majestad no serán sino una quimera. No rechace Vuestra Majestad el deseo de un patriota que se dispone á subir las gradas del patíbulo; libre Vuestra Majestad á mi patria y la bendición de veinticinco millones de ciudadanos le acompañarán en la posteridad.»

¡Cosa extraña! En aquel tiempo en que las prerrogativas de la defensa estaban tan estrictamente limitadas, Julio Favre pudo leer la carta hasta el fin, sin que del